

ANTICIPOS Y DEUDAS*

NIKOLAI SHMELIOV

A NADIE SATISFACE el estado de nuestra economía. Dos de sus defectos centrales, conocidos probablemente por todo el mundo —el monopolio del productor en medio de un déficit generalizado de productos y el desinterés de las empresas por el progreso técnico y científico— son, por así decirlo, defectos estructurales. Pero estoy seguro de que hoy día no existen sabios, ni en las cápas superiores ni en las capas bajas de la sociedad, que conozcan una receta completamente válida para eliminar esos defectos, que sepan qué hacer no en teoría sino en la práctica. Todos nosotros tenemos ahora muchas más preguntas que respuestas. Y todavía durante mucho tiempo hemos de hablar, de hacer propuestas y de rechazarlas, antes de que entre todos demos con las respuestas que son tan necesarias.

Los últimos dos años han sido el periodo de una auténtica regeneración de nuestro pensamiento social y de nuestra conciencia nacional, gracias a las esperanzas resurgidas y a la profundidad, franqueza y audacia en la discusión de nuestros problemas. El XXVII Congreso del PCUS ha iniciado las transformaciones revolucionarias en la vida de nuestra sociedad. Una de las manifestaciones más importantes de este proceso es la discusión honesta y directa de los problemas económicos más dolorosos.

Las causas principales de que la “circulación sanguínea” en la economía del país resultara obstruida y lenta ya están detectadas. Ha sido propuesto el principio: “del sistema de entregas obligatorias al impuesto en especie”, que significa la sustitución de los métodos administrativos del gobierno por los estímulos y apoyos para fomentar la autogestión económica. Probablemente se pueda decir que el camino hacia el sentido común se ha abierto, al menos en el plano teórico e ideal. Sin

* Traducción de Tatiana Bubnova Gulaya.

embargo, es evidente que no puede aventurarse una restructuración de semejante escala de un solo golpe, por más que lo deseamos. En nuestra economía dominó durante demasiado tiempo el mando en vez del principio económico del rublo. Tanto tiempo duró aquello que aparentemente ni nos acordábamos, ya de que en realidad hubo un periodo cuando en nuestra economía predominó el rublo y no la orden, esto es, el sentido común y no la arbitrariedad especulativa engendrada frente al escritorio.

Estoy consciente de los posibles reproches que pueden hacerse, pero se trata de una cuestión demasiado seria, de vital importancia, como para suavizar las expresiones y recurrir a los silencios. Sin reconocer el hecho de que el abandono de la nueva política económica (NPE) leninista había complicado de la manera más grave la construcción del socialismo en la URSS, nos condenaríamos, como lo hicimos en 1953 y en 1965, a tomar medidas intermedias, mientras que se sabe que una política de medias tintas suele ser peor que una total inactividad. La NPE, con sus estímulos e impulsos económicos, fue sustituida por un sistema administrativo de gobierno. Este sistema no podía, por su naturaleza misma, preocuparse por mejorar la calidad de la producción ni por su eficiencia, no buscó que el resultado máximo se lograra mediante una inversión mínima. El sistema solía lograr la cantidad requerida del producto, es decir, la producción global, no en correspondencia con las leyes económicas objetivas sino en contra de éstas. Y puesto que lograba su objetivo a pesar de ellas, el resultado fue un costo increíblemente alto en recursos materiales y, sobre todo, humanos.

Entre nosotros sigue predominando la idea de que el sistema de relaciones económicas que se ha formado en el país, incluyendo el sistema de la propiedad, representa la encarnación práctica del marxismo-leninismo, encarnación que responde plenamente a la naturaleza del socialismo como formación social. Se suele pensar que el sistema mencionado podría perfeccionarse pero que sus principios fundamentales son intocables. Sin embargo, si las conclusiones científicas dejan de orientarse hacia las instrucciones y acatan los hechos, si la gente no se guía por la nostalgia de los tiempos recientes sino por un deseo honesto de transformaciones revolucionarias, entonces el problema de las raíces históricas de nuestro modelo económico aparecerá como uno cuya solución está muy lejos.

Es sabido que hacia el momento del triunfo de la Revolución, ninguno de sus reconocidos teóricos o de sus realizadores de más autoridad poseía (ni podía poseer) una noción más o menos acabada de los contornos de un futuro sistema económico socialista. Marx y Engels

habían elaborado los fundamentos teóricos de la revolución, habían demostrado su carácter objetivamente ineludible; sin embargo, tenían tan sólo algunas conjeturas sobre cómo debería ser la economía después del triunfo. Entonces se trataba únicamente de los objetivos económicos y sociales más generales del socialismo. De hecho, no nos han dejado absolutamente nada que pudiese ser tomado por un consejo práctico para la consecución de esos objetivos. También los trabajos de Lenin redactados antes de la Revolución estaban dedicados en general a la política pura (cómo eliminar una formación social obsoleta), pero no trataban en absoluto de los procesos concretos que hubiesen debido emprenderse para organizar una vida económica plena después de la Revolución.

De esta manera, la Revolución nos tomó por sorpresa, pues no estábamos armados con una teoría económica del socialismo bien razonada y terminada. Sin embargo, hay fundamentos para creer que durante los primeros meses inmediatamente posteriores al octubre y mientras la situación lo permitía, Lenin dedicó a este problema la atención más seria. Fue justamente entonces cuando Lenin formuló su famosa idea de que el socialismo es el poder soviético más el orden prusiano en los ferrocarriles, más la técnica norteamericana en la organización de los complejos industriales, más la instrucción popular al estilo norteamericano, etc. Es necesario, escribía Lenin en la misma época, aprender el socialismo de los organizadores de los complejos industriales (*trusts*). Atribuía también gran importancia a la política monetaria, a un sistema financiero sano y bien equilibrado. Según se puede ver, durante el periodo inicial de la Revolución, Lenin partía de que el capitalismo ya había creado para el socialismo todas las formas económicas indispensables, y que hacía falta llenarlas tan sólo de un nuevo contenido socialista.

No obstante, los sucesos subsiguientes suscitaron la política del “comunismo de guerra”, con sus métodos exclusivamente administrativos y voluntaristas en la organización económica. En un momento determinado Lenin, absorto en aquella lucha mortal, probablemente empezara a creer que los métodos de fuerza fuesen los principales de la economía socialista. Sin duda, en este caso tuvo influencia la convicción de que el país no permanecería solo por mucho tiempo, y que no seríamos nosotros, sino el rico e industrializado Occidente, el que trazaría el camino hacia el nuevo sistema económico, de que una revolución en Occidente nos ayudaría a solucionar muchos de nuestros problemas más agudos. La insurrección en Kronstadt y la de Antonov, así como el declive de la ola revolucionaria en Europa obligaron, como sabemos, a revisar esos cálculos y expectativas. La NPE significó una rup-

tura radical con el pasado reciente. Se trató de una especie de revolución en el pensamiento económico. Por primera vez había que enfrentar plenamente la pregunta: ¿cómo debe ser una economía socialista, no en condiciones extraordinarias sino en medio de una situación normal y humana?

Existen todavía muchas personas que consideran la NPE tan sólo como una especie de maniobra, como una retirada provisional. Por supuesto, sí tuvo lugar una retirada: el poder soviético ofreció un determinado espacio a la iniciativa privada en las ciudades. Pero la importancia principal e imperecedera de la NPE reside en otro aspecto. Por vez primera se formularon los principios de un enfoque científico y realista de los problemas de la construcción económica socialista. Se realizaba una transición de un impulso contagioso y emocional (forzado además por circunstancias extraordinarias) a un trabajo cotidiano reflexivo: a la creación de un mecanismo económico que no reprimiera, sino movilizara todas las fuerzas creativas y la energía de la población trabajadora. La NPE significó esencialmente una transición del "socialismo administrativo" a un "socialismo de contabilidad". En los planes leninistas respecto a la transferencia de la economía del país a condiciones saludables y normales, destacan principalmente tres ideas prácticas. En primer lugar, desarrollo, por todos los medios, de relaciones de mercado, de producción y de dinero en la economía nacional, el principio de rentabilidad y de autofinanciamiento, la utilización prioritaria de los mecanismos de costo en la dirección de los procesos económicos: los precios, un rublo de oro de peso normal, los ingresos, los impuestos, el crédito bancario y los porcentajes. En otras palabras, se trató de un principio total de contabilidad en todas las relaciones económicas, desde arriba hasta abajo. En segundo lugar, la creación de complejos industriales con autogestión económica, la unificación voluntaria de éstos, es decir los sindicatos como eslabones laborales principales en la estructura organizativa de la economía. En tercer lugar, el desarrollo de la propiedad cooperativa y de las relaciones de cooperación, no sólo en el campo, también en la ciudad: en la industria de la construcción, el comercio y en lo que en la actualidad se llaman servicios públicos.

En las condiciones de la NPE, los *trusts* (complejos industriales), escribía Lenin, deben trabajar "bajo el principio de la máxima autonomía financiera y económica, de la independencia con respecto a los gobernantes locales siberianos, kirguises y otros, y sin sometimiento directo al Consejo Central de Economía Nacional".

Se conoce el carácter encarnizado de la lucha de Lenin y de los promotores de la nueva ruta económica contra la supercentralización, el

burocratismo, los monopolios de cualesquiera administraciones. La autonomía económica y organizativa de los *trusts* y de los sindicatos se veía como garantía principal contra el monopolio, como instrumento de reorientación de la industria sobre las demandas cambiantes del mercado.

El desmantelamiento de la política leninista del “socialismo de contabilidad” suele vincularse, aún hoy, con el surgimiento del fascismo y con la amenaza de guerra que se manifestó claramente en los años treinta. Esto no es cierto: el desmantelamiento se inició en 1927 y 1928. Los precios de garantía de los granos bajados arbitrariamente obligaron a los campesinos no sólo a reducir sus ventas al Estado, sino la producción misma. Se tomó entonces la decisión de asegurar el suministro al Estado con métodos de coacción. Precisamente desde aquel momento se inició el retorno a la economía administrativa, a los métodos del “comunismo de guerra”. La colectivización fue la expresión más patente de aquellos métodos. Sin embargo, los procedimientos arbitrarios muy pronto fueron extendidos a la ciudad. La industria empezó a recibir tareas previstas por el plan en forma absurda, y no es casual que las tareas más importantes del plan no se hayan cumplido durante ninguno de los quinquenios anteriores a la guerra.

El país logró sobreponerse mediante un supremo esfuerzo a la política interna de los años treinta, a la guerra más terrible de su historia y a las dificultades económicas de la reconstrucción de posguerra. Es posible comprender a quienes consideran que hoy es inútil comparar el precio pagado con los resultados. Pero una cosa es evidente: el precio puede explicarse de alguna forma, aunque no justificarse sólo por las circunstancias extraordinariamente inhumanas que dejaron de existir, al menos desde mediados de los cincuenta. Sin embargo, las consecuencias de la renuncia a la NPE no sólo no han sido eliminadas, sino que vienen acumulándose; los malestares de la economía nacional no se han remediado, sino que se han ocultado en el interior.

Los requerimientos objetivos del progreso técnico-científico contemporáneo, las nuevas condiciones y tareas en la competencia económica con el capitalismo, han puesto de manifiesto una vez más la irrealidad del sistema voluntarista de dirección económica, sistema inventado ante el escritorio. Desde su inauguración este sistema se caracterizó por su romanticismo económico mezclado con una buena dosis de incompetencia económica, y por una exageración inverosímil de la efectividad del llamado factor administrativo u organizativo. Sin embargo, no se trata de un sistema propio del socialismo, según creen todavía hoy muchas personas; al contrario, en condiciones normales el sistema es contraindicado al socialismo.

Es necesario tener conciencia de que la causa de nuestras dificultades no sólo consiste en el pesado yugo de los gastos militares o de la sumamente costosa responsabilidad global por el país. Mediante un gasto racional, para sostener una economía en equilibrio y orientada hacia el progreso técnico y para satisfacer las necesidades tradicionalmente modestas de nuestra población, bastarían incluso los recursos materiales y humanos sobrantes. Sin embargo, los intentos persistentes y prolongados de infringir las leyes objetivas de la vida económica y de reprimir los estímulos naturales del hombre elaborados durante siglos, han llevado, en última instancia, a resultados totalmente opuestos a los esperados. Hoy contamos con una economía deficitaria, realmente desequilibrada, en muchos aspectos ingobernable y —si hemos de ser honestos hasta el final— que casi no permite planeación alguna ni admite incluso el progreso técnico-científico. Hoy día, la industria rechaza hasta 80% de las nuevas soluciones técnicas e inventos aprobados.¹ Nuestra productividad es una de las más bajas entre los países industrializados, sobre todo en lo que se refiere a la agricultura y a la industria de la construcción, porque durante los años de estancamiento las masas de la población trabajadora llegaron a un desinterés casi total por el trabajo concienzudo y escrupuloso.

Sin embargo, los resultados más flagrantes de la “economía administrativa” ni siquiera se sitúan en la esfera económica. El punto de vista estrictamente administrativo sobre los problemas económicos, la fe casi religiosa en las bondades de la “organización”, la falta de voluntad y de deseo de ver que la fuerza, la presión, los llamamientos y la coacción en la economía nunca llevan a ninguna parte, están profundamente arraigados. Según la experiencia universal y nuestras propias lecciones, la condición principal de la vitalidad y la eficacia de los sistemas sociales complejos es la autoorientación, la autorregulación, el desarrollo espontáneo propio. Los intentos de subordinar por completo el “movimiento de Brown” en la economía —con sus inevitables, pero a fin de cuentas aceptables pérdidas— a cierto centro de dirección, han sido infructuosos desde el principio, y conforme avanzamos esta verdad se hace cada vez más evidente.

La apatía y la indiferencia, la deshonestidad, la falta de respeto por el trabajo honrado y la envidia agresiva hacia aquellos que ganan mucho (incluso si lo ganan honestamente), se han convertido en un fenómeno de masas; se han manifestado los indicios de una degradación casi física

¹ Los datos numéricos y las apreciaciones provienen de las investigaciones del autor.

en gran parte de la población a causa de la ebriedad y la ociosidad. Y, finalmente, se manifiesta la falta de confianza en los objetivos y las intenciones declaradas, en la posibilidad de que exista una forma más racional de organización económica y social. Según la certera observación de la académica T.I. Zaslavskaja en la revista *El Comunista* (núm. 13, 1986), "los frecuentes enfrentamientos con las diversas formas de la injusticia social, la inutilidad de intentos individuales de luchar contra las manifestaciones de la injusticia, llegaron a ser una de las causas principales de la alienación de una parte de los trabajadores respecto a los objetivos y valores de la sociedad".

Por lo visto, resulta irreal contar con que todo esto pueda ser eliminado en breve: para sanear estos defectos se necesitarían años o quizá generaciones enteras. Resulta mucho más complicado construir un "socialismo de contabilidad" que deshacernos simplemente de algunas estructuras burocráticas obsoletas. Sin embargo, esto no quiere decir que nos sea permitido estar con los brazos cruzados. Si tomamos en cuenta las realidades internacionales actuales y los problemas internos, no se puede retornar al "socialismo administrativo". Tampoco tenemos tiempo para permanecer en medio del estancamiento ni para tomar decisiones de compromiso.

No obstante, lo que hoy nos preocupa más que nada es la indecisión en el movimiento hacia el sentido común. Los llamamientos no pueden cambiar la visión del mundo de los cuadros dirigentes, que sólo cuentan con la técnica de administración pura y con el arte de manejar los aparatos del Estado. Asimismo, ninguna labor de convencimiento triunfará sobre cierta desconfianza de la gente respecto a los discursos o respecto a la idea de que los dirigentes abordarían en serio el asunto y de que estarían dispuestos de llevar a su fin las transformaciones planeadas; no hay fe en que después de un medio paso hacia adelante no se darían dos pasos hacia atrás. Lo que podría convencer es la acción misma. Para que haya fe en el saneamiento de la economía es indispensable lograr éxitos en un futuro próximo, faltan indicios palpables y visibles del mejoramiento de la vida. Esto no es tan fácil, pero sí es posible si existe disposición seria. Sin embargo, parece que la única ruta para lograrlo es la del "socialismo de contabilidad económica", con base en el desarrollo del mercado.

La introducción del sistema de autogestión financiera no requeriría grandes inversiones de capital. Lo único que hace falta es valentía, firmeza, coherencia en el proceso de liberación de las fuerzas económicas internas. ¿Cuáles son los obstáculos? Ante todo, una excesiva cautela ideológica, el miedo de soltar de la botella al espíritu maligno del capi-

talismo. Pero quien es capaz de comprender que las clases sociales que constituyen cualquier tipo de sociedad no surgen, ni existen, ni abandonan la arena histórica a resultas de tal o cual decisión administrativa, ve una evidente falta de fundamento para esas precauciones. Sin embargo, sigue existiendo el riesgo de que junto a los cambios positivos se presenten nuevas contradicciones, dificultades y errores. Es más, algunas desventajas son inevitables: tal es la dialéctica del proceso histórico. Además, es imposible contrarrestar de antemano cualquier daño. Lo que importa es no dejar que nos paralicen las preocupaciones de este tipo. “Hay que intervenir en la pelea, y luego veremos” —sabemos que a Lenin le gustaba repetir esta idea.

Al hablar de una probable intensificación de los fenómenos espontáneos indeseados es necesario considerar nuestra propia experiencia económica. Los intentos por aplicar control completo sobre todos los aspectos nos han conducido a una espontaneidad y a un descontrol tales que, en comparación con estas realidades, cualquier anarquía parece ser, en efecto, la madre del orden. Las manifestaciones espontáneas deben verse como el costo inevitable y en realidad mínimo del progreso, de la reanimación económica. Pero en medio de ésta, una probable nueva espontaneidad se diferenciaría de la vieja y acostumbrada, que todos pueden ver, pero que muchos prefieren pasar por alto.

El mercado debe abastecerse. En este aspecto, un rendimiento más rápido puede esperarse, ante todo, a causa de relaciones mercantiles y monetarias saludables y normales dentro del sector agrario. Al sustituirse el sistema de entregas obligatorias por el impuesto en especie, la producción de granos en la Unión Soviética aumentó 33% en tan sólo tres años (1922-1925), 34% la producción agropecuaria, y 480% la de remolacha azucarera. Durante la década de los ochenta, un resultado igualmente rápido y espectacular fue logrado por la agricultura de la República Popular China y, en cierta medida, por la de Vietnam, países en los cuales el impuesto en especie llegó a erigirse en centro de las relaciones económicas en el campo.

Durante mucho tiempo el ritmo de crecimiento de la producción agrícola constituía menos del 1% anual, e incluso algunos años el porcentaje fue negativo, aun después de las inversiones de capital increíblemente altas que realizó el Estado. En la práctica, miles de millones se esfuman sin dejar huella: ¿para qué estamos pagando un precio tan alto? Por ventura, la causa real ¿no será el miedo a las relaciones mercantiles? ¿O se trata otra vez de la necesidad de ocupar y justificar la existencia de una capa de cuadros administrativos dentro del sector agrario? La disposición relativa a un nuevo mecanismo económico en la agri-

cultura es una decisión de medias tintas y, por lo mismo, poco eficaz. Al decir "a", hay que decir "b".

En primer lugar, deben estar terminantemente prohibidas mediante la legislación las órdenes y cualquier tipo de intromisión administrativa externa en el proceso de producción de las granjas colectivas y del Estado. En segundo lugar, deben nivelarse los precios de compra en todos los tipos de producción agropecuaria, para eliminar el funcionamiento deficitario en muchas ramas de este sector, como, por ejemplo, en la ganadería y el cultivo de papas. Los recursos pueden obtenerse mediante la reducción de los subsidios estatales en materia de alimentos, que actualmente ascienden a unos 50 000 millones de rublos. En tercer lugar, hay que decidirse por una simple estructura de relaciones entre el Estado y las colectividades productivas del campo: un índice firme para el impuesto progresivo y, sin necesidad extrema, ninguna obligación en especie. Las granjas colectivas y estatales deben tener derecho a vender libremente su producción a las organizaciones estatales o a las cooperativas, así como a los consumidores. En cuarto lugar, las parcelas privadas deben ser completamente igualadas en derechos económicos y sociales con las granjas colectivas.

Si se nivelan los precios de compra, nadie reducirá los cultivos ni la ganadería. Lo único que puede suceder es que disminuyan las tierras ociosas y el ganado improductivo y, como resultado, el aumento general de la productividad en las granjas. Sólo de esta manera pueden crearse las condiciones para el sistema de contratación en la agricultura; el tipo de contrato —colectivo, por brigada o familiar— dependerá de las condiciones locales.

¿De qué contabilidad real en el campo se puede hablar ahora que las granjas colectivas y las estatales siguen forzadas a entregar al Estado su producción a precio bajo, incluso si se trata de forrajes o granos destinados a la siembra, y posteriormente se ven obligadas a comprar al Estado gran parte de la misma producción a otro precio, el doble o incluso el triple? ¿No es tiempo, acaso, de detener la succión de los ingresos del campo mediante los precios arbitrarios para la maquinaria, su reparación, los productos químicos, etc.? Desde luego, parte importante de estos recursos se compensan posteriormente con financiamiento gratuito y créditos regularmente amortizados. Es más, tal vez se compense todo. Pero, ¿cómo puede introducirse la economía de contabilidad, es decir un intercambio equivalente, en condiciones tan anormales y poco saludables? Lo que determina el éxito de un empresario agrícola actualmente no es el cotejo tranquilo y sobrio de ingresos y gastos, de ganancias y pérdidas, sino la intuición, la habilidad y toda clase de "adivinaciones

económicas''. Con una mano se toma, con otra se devuelve: ¿para qué? ¿Cuáles son las leyes económicas que exigen esto? Ya llegó la hora de dar mediante los precios, no de tomar. En todos los países industrializados del mundo la agricultura disfruta desde hace tiempo de un apoyo material especial y muy significativo por parte del Estado, incluyendo la política de precios, y es lo que en muchos aspectos determina su éxito.

La parte de Rusia que no corresponde a la zona de las tierras negras requiere medidas especiales. Allí la degradación del campo ha llegado tan lejos que ninguna medida dentro del marco del sistema actual de relaciones agrarias es capaz de remediarla. Sólo se puede contar con una terapia lenta y diversificada, con una visión individual de cada región y cada granja. No está excluido que la salvación de muchas granjas colectivas o estatales deficitarias sea, mayormente, la contratación familiar y el arrendamiento de las tierras ociosas o estériles (sobre todo en zonas suburbanas) a todos los solicitantes —sin duda éstos se presentarán—, independientemente de que sean habitantes de la ciudad o del campo.

Para nuestra producción agropecuaria, el momento presente realmente marca una ruptura. Si hoy día (y después de tantos intentos) la expectativa que ha puesto la gente en la regeneración del sentido común no se justifica, la apatía puede resultar irreversible.

En su tiempo fue proclamado el lema respecto a la liquidación de los *kulaks* [campesinado próspero] en cuanto clase social. Pero la que se suprimía en realidad era la clase campesina. Actualmente se conserva todavía, si bien no muy numerosa, la última generación de esta clase, generación de labradores que aman la tierra y el trabajo del campo. Si esta generación no pasa la estafeta, a la siguiente puede suceder lo irreparable. Se conocen una serie de disposiciones expeditas en los últimos tiempos, encaminadas a sujetar a las personas a la tierra, a hacer renacer el espíritu campesino y la empresa colectiva, a incetivar el cultivo de las parcelas individuales. Pero incluso ahora resulta a veces que la mano derecha parece desconocer lo que hace la izquierda. Borrando la línea mencionada, otra línea trata de abrirse camino. Bajo la bandera de la lucha por la justicia social, contra los ingresos que no provengan del trabajo propio, se manifiestan el izquierdismo más recalcitrante y la incapacidad más obstinada. Por ejemplo, ¿cómo puede justificarse la renovación en la prensa de una campaña en contra de las parcelas individuales? ¿Cómo hay que entender los indicios de un nuevo *pogrom* en los invernaderos, huertos y en la ganadería familiar de engorda, que se manifestaron durante el verano de 1986? ¿Acaso no fue suficientemente claro desde el principio el carácter hostil al país y al Estado que

tenía esa campaña? Resulta increíble que mientras se compra tal cantidad de granos y de carne en el extranjero, se ahogue al mismo tiempo la iniciativa económica de los cientos de miles o de millones de nuestros ciudadanos por el miedo de que algunos lleguen a ganar de más. ¿Cómo se debe interpretar la lucha aburrida y primitiva contra los revendedores, o las prohibiciones de exportar la producción local a otras regiones? De una vez por todas tenemos que decidir qué es más importante: disponer de abundancia de productos propios o seguir complaciendo eternamente a los partidarios de la igualdad universal en la miseria y a toda clase de gritones irresponsables.

Es necesario llamar las cosas por su nombre: la estupidez es estupidez, la incompetencia es incompetencia, el estalinismo vigente es estalinismo vigente. Es la vida misma la que exige hacer todo lo posible por asegurar durante los próximos años nuestro mercado de alimentos. De lo contrario, todos los cálculos puestos en la reactivación del factor humano quedarán suspendidos en el aire, la gente no los atenderá. No importa que sacrifiquemos nuestra virginidad ideológica, que existe, por cierto, sólo en los cuentos de hadas de los editoriales periodísticos. Con toda esa virginidad, ahora más que nunca se roba y se enriquece. Pero además se enriquece la gente que gana sin crear nada, sin querer ni saber crear nada. Entonces, es mejor que prospere la gente que quiere y puede dar a la sociedad los productos y los servicios reales, los valores reales. En cuanto solucionemos el problema del pan de cada día, y no antes, se podrá pensar también en cómo lograr que los ingresos de los empresarios más laboriosos y despiertos no lleven a la formación de capitales amenazantes. Para esto existen recursos sencillos y muy eficientes: los impuestos y las prerrogativas correspondientes de un inspector de finanzas (ojalá y sean racionales estos remedios, para que no se mate a la gallina que apenas empieza a poner, para el bien común, los huevos de oro).

Las barreras impositivas pueden y deben garantizar el control nacional sobre otro recurso para abastecer el mercado de consumo, recurso que tampoco requiere grandes inversiones de capital. Se trata de la producción personal, familiar o cooperativa en la esfera de los servicios y de la pequeña industria. Quizás sólo hoy seamos capaces de apreciar plenamente la importancia de la idea de Lenin de que lo único que necesitamos para el triunfo del socialismo es un régimen de cooperativistas civilizados.

La ampliación del sector individual y de cooperativas en las ciudades puede ser útil más allá del propósito de abastecer el mercado. Nuestra industria ligera, el comercio y la esfera de los servicios hoy día gozan de condiciones inadmisiblemente favorables que coadyuvan a su estado

de hibernación. Nadie entra en competencia con ellos. La importación de los productos de consumo generalizado es todavía demasiado pequeña como para obligarlos a moverse. La aparición de un competidor tal como el sector individual y de cooperativas podía hacer cambiar rápidamente la situación en el mercado. Las industrias, los comercios y las empresas de servicios públicos pertenecientes al Estado se verán obligados a mejorar notablemente su funcionamiento o bien ceder buena parte de sus ingresos a otros productores, con todas las consecuencias: reducción de salarios y gastos por concepto de prestaciones, reducción del personal hasta el límite de despedir a los productores de chatarra y cerrar la empresa.

El sistema actual de estímulos materiales para un trabajador conciencizado funciona insatisfactoriamente, no sólo por ser en sí mismo un sistema pésimo. Es que el salario y los premios no son un buen incentivo, porque el trabajador no tiene nada que comprar con el dinero ganado. Reanimar el ambiente en el sector consumo de la economía nacional, abastecer el mercado, ofrecer al consumidor en masa una posibilidad de elegir, significa lograr que el salario empiece a funcionar plenamente, para que nuestro trabajador realmente llegue a querer ganar bien mediante un trabajo arduo y honesto.

Las condiciones naturales para el desarrollo del sector individual y de cooperativas en el país sin duda existen. En las ciudades hay muchos locales vacíos. En las reservas de las empresas estatales existen instalaciones completas —¡por millones de rublos!— sobrantes u obsoletas y las materias primas y herramientas guardadas para casos de urgencia. Al sacarlos a la venta libre se pueden garantizar, las necesidades básicas iniciales de la pequeña empresa individual o cooperativa. Se sobreentiende que en estos casos sólo será posible evitar robos y corrupción bajo dos condiciones. La primera es la venta libre al mayoreo de los medios de producción, de las materias primas y de los recursos materiales. La segunda es que el sector individual y de cooperativas debe ser igualado completamente, en el aspecto legal y económico, con las empresas estatales (en cuanto comprador y vendedor).

Incluso hoy mismo, sin esperar a que se forme un excedente o una reserva extraordinaria de fondos para todo tipo de producción industrial, podemos iniciar las ventas al mayoreo de los medios de producción. Para esto no es siquiera indispensable cancelar el sistema racionado de abastecimientos. El país dispone ya de enormes reservas de valores materiales. Éstas se han creado espontáneamente, como una especie de seguro propio, como una autodefensa por parte de las empresas para protegerse de las veleidades y vicios del sistema racionado de abastecimientos. Se trata de instalaciones no registradas y con frecuencia

innecesarias para las empresas propietarias, de los yacimientos enteros de materias primas, normadas o que superan la norma; son cantidades enormes de herramientas, de productos acabados, de refacciones, etc. El total de los valores mencionados asciende como mínimo a 450 000 millones de rublos, 170 000 millones de los cuales corresponden a las reservas acumuladas por encima de la norma. Permitir que las empresas e instituciones desde ahora y libremente vendan, compren, den prestados estos valores materiales de acuerdo con sus necesidades reales, significa crear un mercado animado y lleno de posibilidades, hacer que trabajen y produzcan los recursos mercantiles muertos, impulsar en la práctica y no mediante discursos la iniciativa económica del país. Naturalmente, un mercado semejante sobreviviría sólo en el caso de que las ganancias obtenidas después de limpiar los depósitos y pagar los impuestos quedaran a disposición de la empresa. Bajo ninguna circunstancia las ganancias deben dejarse a merced de los ministerios, de los departamentos correspondientes. Lo mismo se refiere a todos los tipos de producción que supere el plan.

Por lo visto, sólo mediante la difusión de las ventas al mayoreo, la realización libre de las reservas y de la producción que supere el plan, puede ser solucionada una de las contradicciones más agudas: la que existe entre el estado actual de las empresas y el propósito proclamado de pasar todas las empresas al régimen completo de autogestión económica basada en contabilidad. Trátese de una fábrica, de un complejo comercial o de una granja colectiva, ¿qué es lo que todos éstos pueden comprar, en realidad, con sus rublos? Pero si aparece alguna posibilidad de invertir las ganancias no por conducto de Moscú, ni mediante solicitudes y humillaciones ante las instancias superiores, sino directamente en el mercado, de manera libre, sencilla y tranquila, entonces el dinero volverá a ser algo palpable, significativo, anhelado. Mientras tanto, hasta ahora en todas partes sucede lo mismo; los fondos para incentivos y para desarrollo de la producción, vienen a ser algo inasible, el aire, el dinero en el banco, y no los valores reales que podrían utilizarse para la modernización de la empresa o para sus numerosas necesidades sociales.

En lugar de los intentos infructuosos por planear desde el centro toda la nomenclatura de nuestra producción industrial, que para hoy incluye ya más de 24 millones de artículos, se presenta un método nuevo: el contrato entre el productor y el consumidor. La libre comercialización de los excedentes y de la producción que supera el plan en seguida dará al contrato sentido vital. Sería el primero pero el más importante paso hacia la democratización de la planeación, hacia el desarrollo del

mercado, mismo que es la única instancia capaz de despertar las colectividades de productores.

Un efecto muy rápido hubiese podido resultar de la introducción decisiva y extensa de la conocida “fórmula de Schokin”. A juzgar por la experiencia anterior malograda por los ministerios, esta fórmula permite, sin grandes inversiones, reducir tan sólo en un año o en año y medio el número de trabajadores en 25-30 por ciento. Esto es especialmente importante justamente hoy, cuando la capacidad productiva de muchas industrias se está aprovechando tan sólo en 20 o 40 por ciento, cuando la mayor parte de la maquinaria se utiliza sólo en un turno y cuando las grandes obras de construcción del país carecen de mano de obra. Por lo tanto, los pronósticos en el sentido de que la propagación universal de la “fórmula de Schokin” causaría desempleo parecen muy exagerados.

En primer lugar, incluso hoy existe desempleo natural entre las personas que buscan o cambian un puesto de trabajo: es difícil que el índice de este desempleo natural se calcule en cada momento dado por debajo del 2% de la mano de obra global, y si se toman en cuenta los vagos no registrados en ninguna parte, tal vez se llegaría al 3%. Son dos cosas muy distintas debatir el problema disimulando que existe el desempleo, y plantearlo con calma y con plena conciencia admitiendo que sí existe cierto desempleo y que no puede dejar de existir. En segundo lugar, hay millones de puestos de trabajo desocupados o abiertos recientemente. Al emplear debidamente el recurso de la agilidad, las escalas de desempleo provisional pueden reducirse al mínimo. Naturalmente, es necesario un gran esfuerzo complementario por parte del Estado para la recapacitación de la mano de obra liberada, para su reubicación en otras zonas o en otras ramas de la producción, o para incentivar la migración organizada. En tercer lugar, no hay que cerrar los ojos ante el daño económico producido por nuestra parasitaria seguridad respecto al trabajo garantizado. Apparently, todo el mundo se percató con claridad de que la pereza, la informalidad, la ebriedad y la chapucería son en muchos sentidos resultado de un empleo demasiado asegurado. Hay que discutir con audacia y eficiencia qué beneficios podemos obtener gracias a una reserva de trabajadores relativamente pequeña. Se trata de sustituir la presión administrativa por otra puramente económica. Un peligro real de perder el trabajo, de vivir del subsidio provisional de desempleo, o de verse obligado a aceptar un trabajo no deseado, habría sido muy buena medicina para pereza, ebriedad, irresponsabilidad. Muchos expertos consideran que hubiese sido más económico pagar a los desempleados provisionales durante algunos meses un subsidio sufi-

ciente que sostener en la industria toda una masa de haraganes que a nada le tienen miedo, y gracias a los cuales puede quebrar (y quiebra) cualquier sistema de autogestión económica, cualquier intento por elevar la calidad y la eficacia del trabajo en la sociedad. Dice el conocido economista soviético S. Shatalin:

El socialismo todavía tiene por delante la tarea de crear un mecanismo que no sólo pueda asegurar el empleo global de la población (ésta es una etapa ya pasada del desarrollo extensivo), sino que logre encontrar las bases para una ocupación completa que sea social y económicamente eficaz, racional. Los principios del socialismo no son principios de beneficencia que garanticen automáticamente a cualquiera un puesto de trabajo sin relación con la capacidad de laborar en este puesto (*El Comunista*, núm. 14, 1986).

Una vez más diremos: para que la "fórmula de Schokin" dé resultado ostensible, la parte principal de las ganancias debe permanecer a disposición de la colectividad de trabajadores. Se puede engañar a la gente una vez, se puede hacerlo dos veces (aunque será más difícil), pero no habrá tercera vez. Si una empresa no encuentra nada que comprar con su dinero, conviene que este dinero se quede en sus cuentas bancarias. Así, cualquier grupo de trabajadores sabrá firmemente que este dinero les pertenece a ellos y sólo a ellos, y que tarde o temprano se empleará en sus necesidades laborales o sociales. Además, estos recursos han de rendir no simbólicamente sino en la realidad, mediante intereses en rublos o en divisas, si de divisas ganadas se trata.

Lamentablemente, entre nosotros se subestima la importancia excepcional de factores como la honestidad en la administración económica y la confianza económica. Pero la autogestión económica global basada en contabilidad será imposible si no se cuenta con la honestidad económica de las instancias dirigentes, y con la confianza económica de las bases hacia los dirigentes. Estamos viviendo un momento de suma importancia. Si continúan los hechos mencionados por M.S. Gorbachov en su declaración en la ciudad de Togliatti, a saber: la facilidad con que los ministerios se apropian los fondos destinados a incentivos para las empresas (sus ganancias en divisas), la reforma económica, a pesar de todas las palabras altisonantes que se dicen de ella, quedará malograda definitivamente.

Hoy, una palabra de honor del Estado, inviolable en cualesquiera circunstancias, es más cara que el dinero: es lo más valioso. Es la política en grande de la cual depende el destino del país. Pero incluso en tiempos muy, muy difíciles, es necesario hacer todo lo posible para que

las decisiones y las promesas del Estado no se violen: posteriormente las violaciones costarán mucho más que la paciencia en el periodo de dificultades. Desgraciadamente, en el verano de 1986, por lo visto tuvo lugar un incumplimiento: el sistema de entregas obligatorias puesto a funcionar en vez del prometido impuesto en especie, quizá haya dañado la agricultura más gravemente que cualquier sequía. Ahora los destinos de la *perestroika* en el campo son más preocupantes que en ningún otro sector. La autoridad y el prestigio de los comités locales y de los comités de distrito, que se vieron obligados a llevar a cabo el sistema de entregas obligatorias, sufrieron un golpe tan fuerte que les costará mucho trabajo reponerse.

Al pensar en los remedios para nuestra economía, es imposible dejar de lado las relaciones económicas externas. No sólo se trata de problemas evidentes, cuya solución es muy costosa o a muy largo plazo, tales como la restructuración radical de nuestras exportaciones en favor de la producción relacionada con la ciencia, o como la necesidad de reducir los tiempos de construcción de las obras básicas de los habituales 11 o 12 años al estándar mundial de un año y medio o dos (nuestras obras resultan tan lentas que su duración nos impide atraer inversiones extranjeras). Se trata primordialmente de medidas que puedan proporcionar algo real en épocas como el quinquenio actual.

¿No es hora de pensar ya en qué se va a hacer con la importante deuda de los países del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), deuda que por lo pronto no nos ha beneficiado en nada a nosotros y muy poco les ha dado a ellos? Desde luego, la deuda es, en muchos aspectos, un problema político. Sin embargo, sería posible plantear las cosas de tal manera que nuestros deudores estuvieran interesados en pagarnos paulatinamente. Para esto, hay que abrir un mercado soviético interno para todos sus productos. Si buscan buenas ganancias en la URSS, que nos dejen una parte de ellas a cuenta de la deuda. Las perspectivas de un trabajo estable para un mercado prácticamente ilimitado como el de la Unión Soviética, representan un beneficio difícilmente desdeñable, sobre todo si se toman en cuenta las crecientes dificultades de la competencia internacional. También nosotros obtendríamos beneficios no sólo directos, también indirectos o colaterales. La presencia en nuestro mercado de gran número de mercancías extranjeras competidoras obligaría a la industria nacional a mantenerse en buena forma, a luchar por el consumidor. En el pasado, nuestros socios muchas veces plantearon este problema. No sólo podrían vender sus artículos en cualquier lugar de nuestro país, sino que podrían comprar los nuestros. Y nos es necesario que estas gestiones se realicen mediante el comercio

exterior. Las relaciones directas con los departamentos correspondientes, con las autoridades y las empresas locales, podrían solucionar paulatinamente este problema. En condiciones de libre comercialización interna de los medios de producción, nuestros socios sin duda encontrarán algo que comprar aquí. Todas sus necesidades potenciales de nuestras mercancías, según la apreciación de los expertos, no superan el 1 % de la producción industrial soviética y pueden satisfacerse, si se toman en cuenta los intereses correspondientes de nuestras empresas, por cuenta de las reservas latentes y de la producción que supera el plan.

Es naturalmente imposible abrir un mercado soviético y crear un "mercado común" de los países del CAME sin que se transforme el curso actual del rublo y sin que se imponga su libre circulación en el marco del Consejo. Es necesario abandonar gradualmente los innumerales factores locales de ajuste que funcionan hoy y pasar a un curso único del rublo, así como permitir la libre circulación de las divisas nacionales dentro de los países del Consejo. Se trata de una necesidad que viene madurando desde hace mucho tiempo; es una exigencia inevitable y no hay ningún beneficio en posponer la medida, máxime que ahora ya no debemos nosotros sino que nos deben.

También es tiempo ya de revisar toda nuestra política de ayuda económica a las naciones socialistas y a los países en vías de desarrollo. En última instancia también se trata de miles de millones. Demasiadas obras de construcción que estamos llevando a cabo conjuntamente siguen sin rendir beneficios reales, ni a nosotros ni a nuestros socios. Puede servir de ejemplo la construcción de las gigantescas centrales hidroeléctricas (se absorben enormes recursos, pero los rendimientos no se esperan antes del próximo milenio), la creación de plantas metalúrgicas dispendiosas y en general el énfasis en la industria pesada en los lugares donde se necesitan, más bien, industrias pequeñas y medianas para producir artículos de demanda general.

Nos hemos decidido a aceptar la creación, en nuestro territorio, de empresas con participación extranjera. Por lo tanto, quizá valdría la pena pensar en la creación de zonas económicas "libres". Se trata de un asunto muy difícil desde el punto de vista político y económico. Es difícil atraer seriamente el capital extranjero. Aún más difícil es lograr que las empresas mixtas acepten nuestras costumbres y que los extranjeros reinviertan gustosamente en el país las ganancias aquí obtenidas. Si pudiésemos lograr en ese aspecto un éxito visible, podríamos acelerar no sólo el abastecimiento del mercado interno, sino que reforzaríamos notablemente las exportaciones del país. Hoy nos hacen propuestas interesantes. Sin embargo, parece inquietante que las condiciones de la nueva

ley, particularmente el impuesto previsto sobre los ingresos del socio extranjero (del orden de 45 %), se ven en el extranjero como carentes de atractivo. Creo que en este caso desempeñan su papel los acostumbrados y poco justificados estereotipos, que tendrán que cambiarse ineludiblemente.

Pese a la importancia que se da al problema de abastecimiento de nuestro mercado interno, es necesario también darnos cuenta cabal de que sólo se trata de una parte más aguda del problema total de la autogestión económica basada en la contabilidad, del “socialismo de contabilidad”.

Una autogestión económica congruente no puede proclamarse o introducirse mediante decreto. Requiere condiciones determinadas, muchas de las cuales aún no se han creado.

No es serio creer que sin un control por parte de la Comisión Estatal para Planeación (GOSPLAN) una planta constructora de aviones de un día para otro pueda ponerse a fabricar carritos para bebé. Sin embargo, ésta es la tarea que la GOSPLAN desempeña hoy día: vigilar cuidadosamente que los zapateros se ocupen de fabricar zapatos y que los pasteleros horneen pasteles. A pesar de toda nuestra supercentralización, el papel estratégico del centro es mínimo por la simple razón de que el centro está muy ocupado en cualquier cosa menos en la estrategia. A veces se sigue acusando a los partidarios de la autogestión económica basada en la contabilidad de querer debilitar el principio de planeación, cuando en realidad los partidarios de la autogestión económica con toda su alma están a favor de reforzar el principio de la verdadera planeación, de la auténtica centralización; están a favor de que la GOSPLAN se dedique a su propia tarea estratégica y sólo a ella: que planee directamente la producción de entre 250 y 300 artículos estratégicos (o, tal vez, un número bastante menor), que distribuya el fondo social de inversión según las ramas de la industria y las repúblicas y que mantenga, sobre esta base, las proporciones más importantes de la economía nacional; que determine las tasas firmes para el descuento de las ganancias en favor del presupuesto, que fije las normas de amortización, el balance de precios y de ingresos, el porcentaje bancario; que calcule las tarifas sobre el uso de los terrenos, del agua, de los yacimientos minerales.

La nueva política económica al estilo de los años ochenta no puede tampoco descuidar nuestros ministerios que dirigen la industria. Son tan desmesuradamente numerosos y sus aparatos están tan inflados que con frecuencia se ven obligados a buscarse tareas, con lo cual, a menudo, más bien estorban a las empresas. Desde hace tiempo los ministerios

se han convertido en el problema más serio, en un problema político (esto puede decirse sin exageración), que demanda solución rápida y radical.

Lenin escribió:

Todo el mundo está ahogado en el repugnante pantano burocrático de las "administraciones". Se necesitan gran autoridad, mucha inteligencia y decisión para luchar con ellas cotidianamente. Las administraciones son una mierda; los decretos son una mierda. Hay que buscar personas adecuadas y controlar el cumplimiento del trabajo; esto es todo.

No está excluida la posibilidad de que nos veamos obligados a retornar al esquema leninista de la dirección de la economía nacional: la GOSPLAN (o el Consejo Superior de Economía Nacional [CSEN]) —los sindicatos— los *trusts* (o complejos industriales, como hoy les dicen). Los sindicatos, por ejemplo, bien podrían cumplir con el papel de los ministerios actuales, aunque con una diferencia muy valiosa y de principio: un sindicato es alianza voluntaria de colectividades productivas autónomas. Se subordina a las industrias correspondientes y existe gracias a sus cuotas o descuentos voluntarios. El sindicato puede y debe ser no una superestructura administrativa sobre la producción, no un ministerio que en realidad no es siquiera responsable económicamente ante aquellos a quienes dirige, sino una organización que con pleno consentimiento de sus miembros colectivos se encargará de las tareas con las que no pueda cargar ninguno de ellos por separado, tales como: búsqueda de contratos, organización de mercados, formación de un fondo común para el apoyo a las empresas débiles, fomento del progreso técnico-científico en la rama correspondiente.

Sin embargo, el problema más difícil para la organización global de una economía basada en la contabilidad y la autogestión es el de las proporciones generales entre los precios de la economía nacional. Las decisiones voluntaristas en materia de precios, que vienen acumulándose desde fines de los años veinte, son una herencia verdaderamente terrible. Sin acabar con ella, jamás podremos tener orientaciones objetivas de los costos para realizar un cotejo indiscutible, independiente de la arbitrariedad humana, entre los gastos y los resultados de la producción. Como consecuencia, nunca tendremos una auténtica autogestión económica basada en la contabilidad. Actualmente, en las discusiones teóricas se proponen proyectos diversos para la transformación del sistema de precios. Sin embargo, la mayoría de estos proyectos adolecen de un defecto común y, de acuerdo con nuestra experiencia, suma-

mente peligroso: se supone que los precios volverían a construirse en los despachos, otra vez especulativamente, en separación de la vida y de los procesos reales tanto de nuestra economía como de la economía universal.

Las proporciones entre los precios vigentes no sólo en los países capitalistas, también en muchos países socialistas, son más o menos las mismas. Se han formado objetivamente bajo la influencia de las tendencias generales en el desarrollo de las fuerzas de producción. Desde luego, existen diferencias nacionales en los niveles y las proporciones de los precios, pero como regla general permanecen vigentes las proporciones básicas. Para sanear nuestra economía con rapidez y seguridad, es necesario ir nivelando paulatinamente los precios de mayoreo y posteriormente también los de menudeo, de acuerdo con las proporciones establecidas en el mundo. En nuestro país los precios de los combustibles, de las materias primas minerales y agrícolas están notoriamente rebajados, mientras que los de la maquinaria son demasiado altos. Los precios de los alimentos y los servicios públicos son injustificadamente bajos, e injustificadamente altos los de todos los artículos de consumo generalizado que produce la industria. Los precios soviéticos han de corresponder con la mayor exactitud posible a los precios mundiales. No importa quién se encargará después de la designación de los precios: la Comisión Estatal para los Precios, los ministerios industriales o la empresa productora; es un problema posterior. Por lo pronto, y como primer paso, hay que nivelar las proporciones.

La nivelación de los precios es un asunto sumamente delicado, particularmente porque habría que elevar ostensiblemente los de los alimentos y los servicios. Pero es necesario dar este paso después de una labor previa y metódica de convencimiento, que sobre todo sea honesta y sincera.

Actualmente, el consumidor soviético recibe del erario público más de 50 000 millones de rublos en forma de subsidio sobre los precios deficitarios de los alimentos principales y de los servicios. ¿Cuál es la razón para que el consumidor no reciba este mismo dinero en forma de un pago extra a su salario o, incluso, a su depósito en la caja de ahorros? A fin de cuentas, ¿por qué se ha de pagar menos de lo debido por la carne y al mismo tiempo pagar más por las telas y el calzado? ¿Por qué no comprar ambas cosas a su precio real? Por supuesto, para que la gente se acostumbre hay que acabar con los estereotipos acostumbrados, y ésta será una tarea difícil. Sólo la intención honesta y para todos comprensible de sanear nuestra economía podrá convencer al consumidor ordinario de que cambie sus hábitos. Al hablar con la gente hay

que ir al grano, como se ha hecho en Hungría, donde la extensa labor explicativa llevada a cabo en 1976 contribuyó a introducir los precios nuevos de manera indolora. Y no se debe olvidar la triste experiencia de Polonia, donde en el mismo año se hizo el intento por cambiar los precios instantáneamente y después hubo que retroceder.

La situación económica de las empresas y de los complejos industriales debe depender directamente de las ganancias obtenidas, pero mientras no se nivelen los precios de mayoreo y no se eliminen los subsidios planeados, el criterio de rentabilidad no podrá funcionar. Sin esta acción, las ganancias empezarán a distorsionar la realidad en un sentido o en otro: o bien se exagerarían los logros reales de una colectividad productora, o bien estos logros aparecerían disminuidos. ¿Hasta cuándo, al evaluar el efecto económico del funcionamiento de las empresas, habremos de utilizar un voluminoso conjunto de índices diversos que a menudo se excluyen mutuamente: producción global en cualquiera de sus formas, producción mercantil, cumplimiento de los compromisos contractuales, reducción de los precios de costo, reducción de los gastos materiales, cumplimiento de los planes en especie, o de acuerdo con la productividad o la introducción de nuevas técnicas, etc.? ¿Cuándo dejaremos de inventar en los escritorios índices artificiales como la producción neta condicionada? Es necesario ver las cosas como son en la realidad. En muchos siglos la humanidad no ha encontrado otro criterio para un trabajo efectivo que el criterio de la rentabilidad. Sólo este criterio reúne en sí los aspectos cuantitativos y cualitativos de la actividad económica y ofrece la posibilidad de apreciar objetivamente los gastos y los resultados de la producción.

Según la idea de Lenin, la rentabilidad es el principio fundamental de la autogestión económica basada en la contabilidad. La experiencia respecto a la dirección de la economía mediante un mecanismo administrativo ha demostrado la actualidad de esta idea. En la economía de la autogestión económica basada en la contabilidad, el fundamento de la autorregulación y del desarrollo propio de una red de relaciones entre empresas es la rentabilidad. Hoy el número de ese tipo de relaciones en el país llega a muchos miles de millones. No existe y posiblemente jamás existirá una computadora capaz de reunir las todas en un solo nudo y someterlas a un mismo tablero de mando. Un sistema sencillo de relaciones entre el Estado, la empresa y el trabajador surgirá en cuanto empecemos a utilizar el criterio de la rentabilidad.

Una actitud exageradamente desconfiada hacia la ganancia representa una especie de malentendido histórico, el pago por el analfabetismo en asuntos económicos de las personas según las cuales bajo el

socialismo no deben existir ganancias ni pérdidas. En realidad, el criterio de la rentabilidad no encubre nada dudoso: únicamente pone de manifiesto si alguien trabaja bien o mal.

Descontados los impuestos, una empresa debe tener las ganancias a su completa disposición. Pero, por otra parte, el hecho de que no obtuviese ganancias en alguna forma debe pesarle a la colectividad de los trabajadores. Algunas empresas, por ejemplo, podrían incluso clausurarse como resultado de su funcionamiento insatisfactorio o por pérdidas económicas. A otras empresas les podría ayudar el sistema estatal de seguros o subsidios *ad hoc*. Sin embargo, el Estado no debe realizar "operaciones de salvamento" sin un criterio selectivo; por el contrario, lo tiene que hacer de acuerdo con sus intereses políticos y económicos.

Otro prejuicio persistente es el rechazo al sistema de sociedades anónimas. ¿Por qué razón los recursos libres de nuestros ciudadanos y empresas no pueden aprovecharse para la creación de industrias nuevas y la ampliación de las existentes? Esa posición no puede explicarse racionalmente. Se trata sólo de ceguera o de franca negativa a utilizar aquello que permanece desaprovechado a pesar de que puede dar un servicio muy útil al país. Nuestros renombrados economistas P. Bunich y V. Moskalenko plantean el problema correctamente: la falta actual de inversiones "puede suplirse en particular mediante la venta de acciones por parte de las empresas interesadas a las empresas que dispongan de recursos propios". Habría que agregar: también a personas particulares. ¿Acaso para el Estado es mejor que estos recursos económicos permanezcan desaprovechados?

Unas finanzas saneadas siempre han sido y seguirán siendo el fundamento de toda economía saludable. Y a la inversa: en circunstancias extraordinarias como la guerra, la destrucción económica y los colapsos sociales, las finanzas siempre han sido la esfera en que los fenómenos de crisis se han manifestado antes que en otros ámbitos y con mayor fuerza. Estoy convencido de que actualmente nuestra economía necesita una reforma financiera de profundidad y envergadura que no sean menores que en la época de los años veinte. Dinero, precios, impuestos, crédito, presupuesto, posibilidades de empréstitos estatales y, consecuentemente, de deuda estatal, son las cuestiones que hasta ahora ni siquiera se han empezado a discutir seriamente. Mientras tanto, los defectos de nuestro actual sistema de finanzas son obvios: las dimensiones de las demandas pospuestas de la población, los agujeros presupuestales en diversos renglones de los ingresos, los métodos inflacionarios de financiamiento tales como la inclusión en el presupuesto de los ingresos sobre los artículos aún no vendidos que además podrían no encontrar

salida, la transformación del crédito en un financiamiento de hecho irrecuperable (las deudas irremediables tan sólo de la agricultura se acercan ya a los 100 000 millones de rublos), etc. Tarde o temprano habrá que buscar solución para todos estos problemas: no hay manera de evadirlos.

En el futuro, también las relaciones económicas externas irán adquiriendo importancia cada vez mayor. Para elevar ostensiblemente la competitividad de nuestras exportaciones y racionalizar simultáneamente nuestras importaciones, no es suficiente transmitir parte de las actividades comerciales a los ministerios industriales. Lo que hace falta es establecer una relación directa entre los precios externos e internos. Sin esta relación, y si no existe en nuestros bancos el cambio del rublo soviético por divisas extranjeras (compraventa y préstamos), difícilmente despertaremos en nuestras empresas un auténtico interés por las actividades económicas dirigidas al exterior. Para producir mercancías aptas para la competencia hace falta un incentivo real. Además, sin una correspondencia con los precios mundiales y sin el cambio directo del rublo resulta irreal contar seriamente con nuevas formas de cooperación de nuestros colegas extranjeros, tanto países del CAME como en los países capitalistas; tampoco se puede esperar que funcionen exitosamente las cooperativas o las empresas colectivas. Al nivelar los precios de mayo-reo dentro del país, tenemos que establecer al mismo tiempo un curso real y unificado del rublo y hacer que éste vaya convirtiéndose paulatinamente en una moneda tan fácilmente intercambiable como el dólar o la libra esterlina. Mientras aquellos que nos dirigen desde el escritorio sigan aparentando que ese problema no existe, tampoco resultará exitosa la transición hacia la autogestión económica universal y hacia el principio global de contabilidad.

Además, ha madurado la necesidad de decidir el destino del llamado "rublo de cambio" (de "divisas"; *perevodnoi rubl*). Este invento, que nació muerto hace mucho tiempo, se ha convertido en simple instrumento de cálculo. No cumple con ninguna otra función del dinero (me atengo a la definición de Marx). ¿En qué este engendro concebido frente a un escritorio resulta ser mejor que las monedas reales, trátase del rublo, marco, corona o lev? Mucho me temo que ahora, cuando su autor ya no vive, nadie sabrá contestar esta pregunta más o menos congruentemente.

Y finalmente, tenemos el problema de la calidad. Todo el mundo comprende qué papel tan importante tiene actualmente la calidad de nuestros productos. Se ha tomado la decisión de aplicar el control estatal de calidad en las ramas más importantes de la industria. Indudable-

mente se trata de un avance importante, y tenemos el derecho de esperar resultados positivos. Sin embargo, si los órganos estatales y la administración económica deciden que el control estatal es el método principal, radical, por fin descubierto para elevar ostensiblemente la calidad de su producción, estarán en un error. Lamentablemente, el presidente de la Comisión Estatal sobre las normas de calidad se ha precipitado ya a declarar públicamente que “mediante la organización de control estatal de calidad se ha puesto en marcha la palanca de Arquímedes de la *perestroika*, recurso llamado a revolucionar la industria”. El control estatal puede producir un efecto importante, pero siempre será limitado por la simple razón de que el control en la salida del producto influye de manera poco significativa en el proceso mismo de la producción. Según las apreciaciones de los especialistas norteamericanos, por ejemplo, si el conjunto de las medidas emprendidas para asegurar la buena calidad del producto se toma por el 100 %, el 75 % de estas medidas corresponderá a la búsqueda de las soluciones constructivas, al diseño y elaboración de las maquetas, a la afinación de los modelos experimentales, a los cálculos tecnológicos; el 20 % corresponderá al control del proceso de producción mismo y tan sólo el 5 % al control en la salida del producto. En Japón este índice es aún más bajo: tan sólo de 1 por ciento.

La buena calidad no es tanto el problema del trabajo concienzudo de un operario, como el de la organización y el manejo de la producción, y la responsabilidad de su conducción recae en los dirigentes superiores. Los norteamericanos consideran que únicamente entre el 15 y el 20 por ciento de los errores se cometen por culpa de los ejecutores directos, el resto está relacionado con las decisiones y las acciones de toda la pirámide directiva que se encuentra por encima del proceso de producción. En otras palabras, depende del mecanismo económico.

No se ha de perder de vista que el control estatal elimina de la evaluación cualitativa a la instancia más interesada en la calidad del producto, que es el consumidor; no importa si se trata de una empresa para cuyo uso está destinado el producto o de una persona que lo compra en la tienda. Al obtener el sello de calidad para sus productos, la empresa productora podría incluso presionar aún más a ambos consumidores. Mientras tanto, el vicio radical del sistema económico actual —la dictadura del productor— queda en realidad ileso.

Por lo pronto, según las valoraciones más “patrióticas”, tan sólo 17 o 18 por ciento de la producción de nuestra industria transformadora se ajusta a las normas mundiales de calidad; de acuerdo con los resultados más cautelosos y pesimistas, se trata sólo de 7 u 8 por ciento. Se ha propuesto la tarea de llegar durante el quinquenio en curso a 80

o 90 por ciento. La tarea está impuesta, pero ¿podremos cumplir con ella? Las raíces del problema son demasiado profundas, y durante demasiado tiempo lo consideramos secundario.

Hoy día, muchos están de acuerdo en que un mercado garantizado, la distribución racionada de los productos, la sujeción inflexible y en realidad forzada de los consumidores a los proveedores, esto es, el monopolio del productor, son la causa principal de que la producción de muchas de nuestras industrias resulte poco más que inservible. Mientras tanto, el control estatal sobre la calidad no ataca precisamente el mal más peligroso, que es el monopolio del productor. Parece que una vez más estamos insistiendo sobre todo en factores como la firmeza, la conciencia ideológica de los miembros del partido, el miedo a los superiores, la honestidad personal de los encargados directos del control de calidad; sin embargo, la vida llevaría muy pronto a estos últimos a entenderse con aquellos a quienes están vigilando.

Es cierto; el control estatal de calidad es bueno como una primera medida extraordinaria, como paliativo, pero no como palanca de Arquímedes. Sólo el debilitamiento paulatino y la eliminación posterior del monopolio del productor pueden ofrecer a nuestra economía una opción para elevar la calidad. El consumidor debe tener el derecho y la posibilidad de tomar o rechazar lo que se le ofrece. Ante todo, esto significa que el consumidor debería de tener una posibilidad real de elección. Por su parte, el productor debe enfrentarse incluso al peligro real de una bancarrota completa en caso de que su producción no encuentre realización. Sólo en esta forma se puede minar el régimen vigente de "mutua amnistía", en el cual una empresa consumidora perdona a su proveedor el producto defectuoso porque sabe que sus propias mercancías de desecho encontrarán a su vez algún comprador.

Tenemos que dejar de engañarnos, dejar de creer a los ignorantes incrustados en sus escritorios; tenemos que reconocer con calma que el problema de la "opción para el consumidor", el problema de la competencia, no tiene ningún trasfondo de clase social. No se trata de un problema ideológico. Es puramente económico, incluso técnico-económico. Elección, competencia, son las condiciones objetivas; sin atenderlas ningún sistema económico puede sobrevivir o al menos ser suficientemente eficaz. El déficit generalizado, el dictado del productor no representan un ambiente económico propicio para que los productores busquen por sí mismos y no bajo presión las soluciones técnicas nuevas. Cualquier monopolio conduce ineludiblemente al estancamiento; un monopolio absoluto llevaría a un estancamiento absoluto.

En este terreno apenas empezamos a dar los primeros pasos. Todo

para nosotros resulta novedoso, inusitado, todo está en desacuerdo con las ideas preconcebidas. Por el momento no somos capaces de admitir incluso teóricamente, sin hablar ya de la práctica, la característica principal de una economía no deficitaria: un determinado nivel de pérdidas inevitable para la economía nacional, un sobrante de la producción que no encuentre mercado, todo esto como precio obligatorio de la posibilidad de opción para el consumidor. En la búsqueda especulativa, engendrada en el escritorio, de una “producción racionalmente aprovechada en un 100%”, en la búsqueda del aprovechamiento total de nuestros recursos y productos, como resultado estamos perdiendo incomparablemente más y a la vez nos impedimos acabar con la producción de mercancías defectuosas para alcanzar las normas de calidad mundiales.

La opción es la siguiente: o bien llegamos a crear determinado excedente de los medios principales de producción, de materias primas y de productos de consumo generalizado, excedente que vendría a ser la base material, el medio de presión, la palanca mediante la cual el consumidor podría presionar al productor; o bien jamás llegaremos a producir nada que valga la pena. Es imposible solucionar en forma diferente el problema de la calidad: que deje las esperanzas quien aún las tenga. Sin este excedente es imposible pasar del actual abastecimiento “rationado” a un comercio al mayoreo con los medios de producción y las materias primas. Ese excedente puede y debe crearse bilateralmente: desde arriba y desde abajo, mediante los métodos de planeación y administración y por conducto del mercado; esto es, mediante la ampliación del sistema de relaciones mercantiles y monetarias en la economía nacional.

Si la GOSPLAN se plantea el problema correctamente y actúa con decisión, logrará asegurar perfectamente un aumento permanente del volumen global de la producción en especie, por encima de los fondos que actualmente llegan al sistema de distribución, en razón de 2 o 3 por ciento anuales (o tener una reserva correspondiente de capacidad productiva). Que las empresas mismas vendan en el mercado, al mayoreo, este 2 o 3 por ciento del producto. Los estímulos materiales que reciben las empresas podrían vincularse con estas ganancias, lo que constituiría un primer paso real hacia el menoscabo del monopolio, para que el consumidor tuviese esta opción.

No importaría que ese procedimiento provocara, en un primer momento, disminución en el ritmo de aumento de la producción global. En la vida nada se logra sin pagarlo, y, por supuesto, algo habrá que pagarse por salir de la sofocante atmósfera del déficit generalizado. Además, si esta disminución en el ritmo del crecimiento resulta neces-

ria, no ha de tener nada terrible, sobre todo si es un recurso para sacudir a los productores, para eliminar la sobreproducción de mercancías que no encuentran demanda, para hacer entender al productor que la buena calidad de su producto no es invención ni capricho de nadie sino condición indispensable para su propia supervivencia.

Las relaciones directas entre empresas productoras y empresas consumidoras por lo visto están destinadas a ser el método principal de la planeación a corto y mediano plazo del volumen global de la producción de nuestra industria. Una empresa debe tener una posibilidad real para cambiar voluntariamente (o incluso, si se quiere, arbitrariamente) de proveedor en cualquier momento, pagando o dejando de pagar la pena correspondiente por incumplimiento del contrato, según las circunstancias concretas de la ruptura. Los contratos deben renovarse anualmente. El comercio debe poseer derechos semejantes en sus relaciones con las empresas productoras de artículos de consumo generalizado.

Las relaciones contractuales directas y la compraventa al mayoreo de los medios de producción son dos partes inseparables de un proceso. Si una empresa vende su producción, la planeada y la excedente, la normal y la mejorada, por conducto del mercado, su interés en los resultados finales de su trabajo ascenderá a niveles con los cuales hoy no puede siquiera soñar ningún especialista en "cuestiones de conciencia". Los incentivos mercantiles basados en la autogestión económica deben extenderse hacia todas las fases del proceso "investigaciones-modelos experimentales-inversiones-producción-venta-servicio". El mercado, y no simples innovaciones administrativas, es el único que puede subordinar toda esta cadena a la demanda del consumidor.

Cuanto más rápidamente reconozcamos que para lograr este objetivo de poco sirven los métodos de presión, el regaño y la amenaza, que la calidad es el resultado de todo un sistema de relaciones económicas, tanto antes nos pondremos a trabajar. Para que el mercado soviético deje de ser un "mercado del vendedor" y se convierta en un "mercado del comprador", antes que nada es preciso ampliarlo y reforzarlo. Tenemos un enorme potencial para llevar a cabo esa tarea. Se trata siempre de lo mismo: de una libre realización de las instalaciones y las reservas de materiales pertenecientes a las empresas; de un acceso directo al mercado para las granjas colectivas o estatales; de las empresas cooperativas organizadas por personas físicas; de importaciones más libres, en primer lugar provenientes de los países del CAME. Por supuesto que para llevar a cabo todas estas medidas hace falta tiempo. Pero al final de este proceso se inauguraría un mercado auténtico, extenso, un mercado que por su naturaleza misma fuera contrario al monopolio abso-

luto y al dictado del productor. En realidad, el mercado, contrariamente a una concepción muy difundida, jamás ha conocido en ninguna parte un monopolio total, con la excepción de algunas circunstancias extraordinarias. Tampoco tiene que surgir un monopolio mercantil absoluto en nuestro caso.

Por supuesto, no se trata tan sólo del problema del mercado, ni de que si las empresas desean o no luchar por un lugar en este mercado. La calidad depende también del ambiente social. La posición humillante de los ingenieros y de los diseñadores industriales en las empresas, el que éstos ganen sensiblemente menos que los obreros no calificados, no presagian nada bueno. Tampoco puede dejarse de tomar en consideración que en un eslabón tan decisivo de la producción como la ciencia los sueldos bajos de la mayoría de los trabajadores originen apatía masiva. Actualmente, a la ciencia se han integrado individuos de tercera con diplomas de educación superior. La enfermedad es obvia, se conocen los medios para remediarla; sin embargo no nos atrevemos a hablar de ella en voz alta por alguna razón.

La calidad de nuestros productos es, pues, un problema que sólo en parte es técnico y administrativo. Ante todo, se trata de un problema económico y social. La calidad se deja ver si la gente está materialmente interesada en el progreso técnico y científico, si el déficit generalizado de los artículos de consumo desaparece para siempre. Si no llegamos a solucionar este problema, es difícil que se encuentre algún remedio mágico que permita alcanzar algún resultado positivo sin profundas transformaciones económicas.

Una reforma económica radical naturalmente presenta ciertas exigencias para los que están llevándola a cabo. Quizá, simplificando un poco, se pueda decir que en la situación anterior un dirigente de la economía tenía que solucionar ante todo dos problemas principales: estaba obligado a cumplir a como diera lugar con los planes y a asegurar para sus subordinados un mínimo de supervivencia establecido desde arriba. Este hecho puede ser confirmado por la presencia muy extensa en nuestra economía nacional de fenómenos como la tendencia de las empresas a consumir la mayor cantidad posible de materias primas, energía y maquinaria pertenecientes a "otros", la indiferencia hacia el nivel técnico-científico de la producción, el cumplimiento irreflexivo de un trabajo innecesario y, más aún, pernicioso (como, por ejemplo, el propósito de invertir las corrientes de los ríos), la masificación de los casos de falseamiento de los resultados finales, de engaño, etcétera.

Un dirigente del sector económico no solía ser (ni es hoy día) responsable ante la colectividad de sus trabajadores ni ante sus socios eco-

nómicos. Sólo conocía una simple y primitiva responsabilidad ante sus superiores. Las relaciones personales significaban muchísimo, eran casi lo más importante para sus actividades. Al mismo tiempo, las formas mismas de incentivos para el trabajo de los dirigentes eran (y siguen siendo) muy especiales. Aun ahora a un dirigente un premio —incluso cuantioso— le importa poco. Su éxito profesional se mide con otros criterios: condecoraciones, diputaciones, presencia en una mesa directiva, vehículo oficial, acceso a los productos de consumo generalizado, vivienda a cuenta del Estado, viajes al extranjero, oficina de lujo, etcétera.

Con la introducción de la autogestión económica basada en una contabilidad global, el trabajo del dirigente cambia notoriamente, se vuelve más complejo. El dirigente no sólo es responsable de la producción, sino también de la realización del producto; no sólo debe enviar un cargamento de mercancía, sino hacerlo a tiempo y de acuerdo con las normas estipuladas en el contrato; está obligado no sólo a cumplir con las tareas planeadas, sino a asegurar también las ganancias suficientes; no tiene que mendigar o conseguir a como dé lugar los fondos, sino encontrar y comprar lo mejor que encuentre en el mercado; no tiene que son-sacar del ministerio correspondiente o del banco un préstamo irrecuperable para sus inversiones de capital, sino que debe ganar los medios para la inversión. No va a esperar que le manden desde arriba las nuevas soluciones técnicas, sino que él mismo las buscará; no intentará evadir el progreso técnico-científico sino que lo perseguirá por su propia iniciativa. No le va a preocupar el que su operario e ingeniero ganen de más; por el contrario, les proporcionará incentivos para este fin. No tratará de evadir, bajo cualquier pretexto, los problemas sociales de sus trabajadores, sino que los solucionará prioritariamente. Y, finalmente, en esta nueva situación no podrá endosar su responsabilidad a las instancias superiores, sino que de hecho tendrá que responsabilizarse de todo. Es evidente que ni uno solo de los problemas mencionados puede resolverse mediante las cualidades de gritón o de encajoso, ni mediante la habilidad política: se requieren aptitudes radicalmente distintas, otros métodos de dirección y otro estilo de vida.

Para resolver estos problemas no hace falta un “perro rabioso”, un pugilista o un hombre duro no agobiado excesivamente por los escrúpulos morales, sino un hombre de negocios competente, un economista preparado, emprendedor, acostumbrado a preocuparse por la ética en los negocios, bien intencionado, independiente, seguro de sí mismo y, en consecuencia, dispuesto a enfrentar cualesquiera formas de responsabilidad democrática, sea ante las instancias superiores, sea ante la colectividad de sus trabajadores; este último aspecto es muy importante hoy.

Para cultivar un personaje semejante, el país necesita cierto tiempo y un clima adecuado; sin embargo hay que empezar desde ahora, hoy mismo; de lo contrario no habrá quien se ponga a construir el “socialismo de contabilidad” ni quien trabaje en este sistema. Durante los primeros quinquenios e inmediatamente después de la guerra, se había formado un tipo de dirigente que ante todo era un administrador profesional que sólo sabía hacer una cosa, o sea dirigir. Posteriormente, la figura central de toda la jerarquía económica, desde jefe de taller hasta ministro, fue el ingeniero (con todos los méritos y deficiencias de la mentalidad de ingeniero), que solía tener hábitos y experiencias organizativas, pero que a menudo desconocía o no comprendía nada de la economía y sus leyes.

Creo que, en todo el sistema de la administración económica, el que está destinado a convertirse gradualmente en figura central no es un ingeniero sino un economista, o tal vez una persona que sea economista y sociólogo. Posiblemente el ingeniero (o el agrónomo) debería permanecer como dirigente inmediato del eslabón inferior: en el taller, en la obra en construcción, en una brigada de la granja colectiva o estatal, en un departamento del instituto de investigaciones científicas. Pero una empresa, un complejo industrial, un *trust*, una granja, un instituto científico, un ministerio, deben ser encabezados por un economista que tenga como subdirector a un especialista técnico que conozca a fondo todo el proceso tecnológico.

En los principales países de Occidente la figura central en la administración económica no es un ingeniero. En Estados Unidos, por ejemplo, a principios de los ochenta, menos del 10% de la planta directiva de las compañías más importantes estaba constituido por especialistas en tecnología. La mayoría de los ejecutivos económicos no son ingenieros sino egresados de las escuelas de comercio, economistas, especialistas en finanzas, juristas. En Japón, donde se dedica una atención mucho mayor que en Estados Unidos a la preparación puramente técnica de los dirigentes de la economía, la mayor parte de éstos son, sin embargo, hombres de negocios, no ingenieros.

La vida es el mejor maestro. Si la reforma económica se lleva a cabo de modo consecuente y a fondo, si no se da un retroceso, si la gente llega a creer definitivamente en que se trata de un proceso irreversible, esta gente será la que empiece las transformaciones efectivas, no verbales. El instinto de autoconservación y la búsqueda del éxito no caracterizan a nuestros hombres menos que a cualesquiera otros. Pero tampoco se debe engañarlos. Y no quiera Dios que los adversarios abiertos y ocultos de la reforma vuelvan a tratar de encauzarla por el tristemente

conocido camino del “experimento de Schokin”. ¿Quién calculará hoy los daños económicos, morales y sociales que infligieron al país a raíz de su deshonestidad en asuntos económicos los ministerios, con lo que echaron a perder aquella iniciativa? ¿Y quién sabe cuánto tiempo y esfuerzo hará falta invertir para que las empresas industriales, cuyas divisas ganadas honradamente se encuentran presas desde hace diez años en el Banco de Comercio Exterior, se decidan a realizar actividades económicas en el exterior? ¿Quién calculará las pérdidas causadas por el desenfreno de la “demencia administrativa” desatada en todo el país como consecuencia de una ley precoz respecto a las ganancias que no provienen del trabajo propio? ¿Quién es responsable concretamente de la aplicación tan idiota de la ley?

¿Quién inculcará a todos nuestros cuadros directivos, desde arriba hasta abajo, que el tiempo de los métodos administrativos en la organización económica ya pasó, que la economía tiene sus propias leyes cuya infracción llevaría a consecuencias tan imperdonables y terribles como la infracción de las leyes del reactor nuclear en Chernobyl, que un dirigente contemporáneo debe conocerlas y aprender a solucionar sus problemas de negocios de acuerdo con ellas y no en su contra? Que les quede claro: las actividades de un dirigente actual no van a evaluarse en categorías administrativas o técnicas sino con base en las ganancias y pérdidas de la empresa.

¿Quién podrá destruir la confianza que los dirigentes de nuestra economía ponen en la omnipotencia de la orden, de la presión, de los métodos de coacción para la solución de los problemas comerciales y humanos? Un “socialismo de contabilidad y costos” es impensable si los intereses morales y materiales no llegan a sustituir las imposiciones, si no triunfan las decisiones colegiadas, el compromiso económico, la coordinación económica y no la administrativa de los problemas tanto en el eje horizontal como en el vertical. Otro vicio radical de nuestro sistema actual de administración económica es la completa irresponsabilidad de los niveles superiores de la pirámide directiva, la ausencia de cualquier acceso a las instancias superiores, los incentivos misteriosos y en general separados totalmente de los resultados laborales de las empresas y organizaciones, incentivos que contradicen la ideología de la autogestión económica basada en la contabilidad global.

¿Quién enseñará a nuestros dirigentes económicos que no estamos solos en el mundo, que existen criterios mundiales para valorar la calidad y el nivel técnico-científico de la producción, que hay requisitos mundiales obligatorios e irrefutables que se aplican al producto? Para la mayor parte de los dirigentes económicos, hablar de todo esto aun hoy es como

hablar en chino, se trata de algo que existe allí donde nosotros no estamos, y que no tiene relación alguna con su trabajo cotidiano en la industria o en el mercado.

Nuestros dirigentes económicos, sobre todo aquellos que se encuentran en los niveles superiores de la administración, se distinguen por su psicología feudal, por su arrogancia de casta, por la seguridad de lo inexpugnable de su posición, por la fe que tienen en su derecho a dar órdenes y en que están por encima de las leyes y de la crítica. Generaciones enteras de líderes de nuestra economía estuvieron acostumbrados a cualquier peligro menos uno: el que llegara desde abajo. Aun hoy el hecho de que la prensa, o los electores, o su propia colectividad se inmiscuyan en sus actividades, para ellos no es algo normal sino un hecho molesto y extraordinario.

Las tareas mencionadas tendrán que estar a cargo de personas que tengan la capacidad y el derecho a realizarlas, y éstas vendrán del pueblo, de la masa, de las capas inferiores de los trabajadores. En qué forma se ha de llevar a cabo el proceso es también conocido de sobra: *glasnost*, democracia, sufragio auténtico desde abajo hasta arriba, una vida social libre.

Las fuentes principales para intensificar el progreso técnico y científico de nuestro país no sólo se fundan en un desarrollo prioritario de las industrias nuevas y muy modernas, como la aeroespacial, la energética nuclear, la electrónica y de las computadoras, la automatización, los sistemas productivos flexibles, los microprocesadores, los láser, los medios de comunicación, los aparatos para control de mediciones, los nuevos materiales sintéticos, la tecnología química fina, la farmacéutica, la bioingeniería.

Las posibilidades aún mayores para el progreso económico están en la modernización y en la utilización racional de cuanto ya poseemos. Producimos casi dos veces más de metal que Estados Unidos y no nos hace falta más metal: lo que sí nos hace falta es otro tipo de metal, un metal de diferente calidad. No necesitamos más energía: la capacidad energética de nuestro ingreso nacional es casi 1.5 veces mayor de la que disponen los principales países de Occidente, pero la introducción de una tecnología avanzada para el ahorro de energía produce el mismo efecto, sólo que es tres o cuatro veces más barata que la perforación de nuevos pozos petroleros. No necesitamos mayores superficies para la tala de los bosques: si el día de hoy aprovechamos como promedio sólo el 30% de la madera, en Estados Unidos, Canadá y Suecia el grado de aprovechamiento de la materia prima en la industria forestal es de más del 95%. No necesitamos más agua, no nos hace falta hacer que

los ríos corran al revés, lo que necesitamos es detener la malversación y el tremendo desperdicio del agua que ingresa a los sistemas de irrigación en funcionamiento: según ciertos cálculos, las pérdidas constituyen 75%. No necesitamos importar granos y en consecuencia exportar petróleo a escala tan grande: las importaciones de granos equivalen a las pérdidas anuales de nuestra propia cosecha. No necesitamos más tractores: los producimos en una cantidad seis o siete veces mayor que Estados Unidos; lo que necesitamos es lograr que el contingente de los tractores ya existentes funcione y no permanezca improductivo; necesitamos que un tractor nuevo no se desmonte para refacciones. No necesitamos más máquinas herramienta; disponemos de un número de ellas que supera casi 2.5 veces el número que posee Estados Unidos: lo que necesitamos son máquinas de otra calidad y que éstas no trabajen un solo turno sino dos o mejor tres. Tampoco necesitamos más calzado: nuestra producción es la más alta del mundo, y sin embargo lo que se encuentra en las tiendas es inservible.

Es imposible estar en desacuerdo con el académico A.I. Anchishkin: hoy día, lo que significa más debe en realidad significar menos. No necesitamos un crecimiento cuantitativo, en todo caso no lo necesitamos en la mayor parte de las industrias; quizá sólo haga falta en la "tecnología superior" o en algunas ramas del complejo agrario-industrial. Nos hace falta crecimiento cualitativo y no cuantitativo; no queremos el aumento de cualquier producción global, de cualquier mercancía, impulsado por la magia de los porcentajes, sino una calidad diferente en el crecimiento. En cuanto a la producción global, esta cualidad nueva y técnicamente avanzada del crecimiento puede arrojar números menores: ¿acaso es esto tan terrible? Por el contrario, el crecimiento cualitativo representa la garantía de que los zapatos no se produzcan para pudrirse en los depósitos, sino para que la gente los use.

Comentarios

En opinión de un observador inexperto, una posible caracterización de la Unión Soviética antes de comenzar el proceso de reformas estaría definida por dos conjuntos de elementos. Por un lado, se pueden agrupar los logros del socialismo soviético, entre los que destacarían los siguientes: 1. La eliminación de

los privilegios (económicos y extraeconómicos) asociados a la desigualdad en la distribución de la propiedad. 2. La satisfacción de las necesidades básicas en materia de salud, educación, vivienda y alimentación de la población en general. 3. La “seguridad de sobrevivencia”, definida principalmente por la garantía de acceso al empleo remunerado y por la existencia de un sistema de seguridad social desarrollado. 4. La relativa estabilidad económica ante la ausencia de ciclos de inversión, de ataques especulativos y de procesos inflacionarios.

Del otro lado de la balanza se encuentran los elementos negativos de la URSS, y entre ellos me gustaría resaltar cuatro: 1. La falta de libertad en prácticamente todos los ámbitos de la sociedad (político, espiritual, cultural, social y económico); la ausencia de mecanismos democráticos y el predominio de mecanismos de censura y autocensura. 2. La proliferación de los privilegios (económicos y extraeconómicos) asociados al desigual acceso al poder y la corrupción que esto entraña. 3. El aletargamiento económico que se manifiesta en las restricciones en la calidad y cantidad de bienes y servicios, la presencia de mercados negros y el estancamiento de la productividad. 4. La ausencia de motivación y la desmoralización de la fuerza de trabajo y de la población en general, derivadas en gran parte de los tres problemas anteriores.

Ante este panorama, el gran desafío que enfrenta el programa de reformas de la URSS es cómo eliminar los elementos negativos mencionados sin perder en el proceso los insoslayables logros. Al preparar este comentario he tenido oportunidad de leer algunos documentos de connotados economistas de la Unión Soviética. Entre ellos, he leído un trabajo del Dr. Nicolai Shmeliov en el que presenta ideas similares a las que expuso en su presentación de hoy.

Éstas son ideas relativas a cuáles deben ser las características del programa de reformas en materia económica para romper con la inercia del aletargamiento económico y la ausencia de motivación. Para un lector externo que no está interesado en demostrar que el socialismo “no funciona” como otra forma de autocomplacencia ideológica, el diagnóstico o la identificación de los problemas centrales de la economía soviética que presenta el Dr. Shmeliov es insuficiente.

Repetidamente se señala que el socialismo “administrado” ha acarreado serias ineficiencias. Podemos preguntarnos cómo medir esas ineficiencias, en qué sectores se presentan y de qué manera. No dudo que haya serios problemas de ineficiencia en la URSS, pero desde un punto de vista analítico me gustaría saber en dónde se localizan y cómo se manifiestan. El autor atribuye la ineficiencia fundamentalmente a la “distorsión” de precios relativos y a la ausencia de incentivos apropiados que, aparentemente, acompañan a la planeación soviética. Ahora bien, ¿en función de qué tipo de objetivos se presenta esta distorsión? La noción de distorsión tiene sentido siempre en relación con algún objetivo: es decir, alguna función implícita se está maximizando cuando se afirma que los precios observados no están reflejando lo que se supone deben contabilizar. Por ejemplo, quizá los precios observados no sean los que resul-

tarían de una solución de libre mercado (y, por lo tanto, no maximizarían la suma ponderada de las utilidades individuales en el sentido estricto de la teoría del bienestar), pero son los que garantizan la satisfacción de ciertos mínimos de bienestar para la población. En la medida en que no se aclare en relación con qué objetivo implícito se está midiendo la distorsión, y por qué se valora ese objetivo más que otros, es difícil comprender el sentido cabal de la crítica.

Además, sería interesante conocer más sobre cómo se percibe la “distorsión” de los precios relativos. ¿Es por la existencia generalizada de mercados negros? ¿Por la acumulación involuntaria de inventarios? ¿Por las formas sistemáticas de racionamiento? Al parecer es un hecho que estos fenómenos existen en la URSS y tienen magnitud superior a la que puede considerarse tolerable en cualquier tipo de sistema, pero, nuevamente, sería conveniente que el autor, en la medida de lo posible, ilustrara el fenómeno de la distorsión con evidencia (cuantificada si se puede).

En los análisis actuales de la URSS, se argumenta una y otra vez que su economía ha perdido terreno en el ámbito del desarrollo tecnológico y se encuentra en una especie de estancamiento secular. Sin embargo, hay al parecer dos tendencias en la interpretación de cuáles son las causas de los problemas y cuáles deben ser las vías para resolverlos. Una interpretación hace énfasis en las formas indeseables que adoptó la planeación socialista en la URSS, sobre todo en los mecanismos autoritarios y corruptos que llevaron al desgaste moral de la fuerza de trabajo y en las fallas asociadas a la determinación y aplicación de incentivos. Dentro de esta corriente parece ubicarse el economista Abel Aganbegian (asesor de Gorbachev). Esta corriente contempla, entre las reformas centrales para combatir los problemas económicos, cambios fundamentales en los sistemas administrativos, un proceso de descentralización y la democratización de las decisiones.

Por lo menos a partir del trabajo mencionado, la visión del Dr. Shmeliov pareciera diferir de la anterior, tanto en la identificación de las causas como en el tipo de recomendaciones. La diferencia no reside tanto en el diagnóstico. Da la impresión de que el autor encuentra que la pérdida de eficiencia y el aletargamiento de la productividad surgen a partir de dos características del sistema administrativo: las decisiones burocráticas que responden a objetivos extraeconómicos y la distorsión en el sistema de incentivos que premia más la obsecuencia que la eficiencia. Shmeliov identifica en la raíz de estos problemas la ausencia de formas de competencia como las que se pueden encontrar en una economía de mercado. Para este autor, la eficiencia en la asignación de recursos aumentaría, sin duda, en la medida en que ésta fuera dictada por las fuerzas del mercado.

Es interesante notar que en términos teóricos (literalmente) la asignación de recursos resultante de una economía de mercado en competencia perfecta es equivalente, en cuanto a niveles de bienestar y eficiencia, a la resultante de una economía planificada. Es decir, tanto en un caso como en el otro pueden encontrarse precios relativos que reflejen los costos de oportunidad a par-

tir de la escasez de recursos y las preferencias de la población. Sin embargo, en la práctica, tanto en la economía de mercado como en la planificada se introducen "complicaciones" que implican ineficiencias y pérdidas de bienestar. La historia de las economías capitalistas se caracteriza por un alto grado de inestabilidad asociado a la volatilidad de la inversión, por ejemplo. Por otra parte, es posible que las economías planificadas inherentemente tengan tasas de crecimiento más bajas pero más estables que las economías capitalistas. En este sentido, una pregunta válida desde el punto de vista del bienestar es cuál de las dos trayectorias puede ser preferible para la población. Para ello no hay respuesta científica sino política. Al leer el documento del Dr. Shmeliov me sorprendió un poco el idealismo con que se concibe el "libre mercado". Me parece que en estos nuevos planteamientos no se enfrentan en términos analíticos los nuevos dilemas que eso introduce, es decir la relación costo-beneficio de convertir una economía esencialmente planificada en una con mayor amplitud del funcionamiento del mercado. ¿Cuáles serían, por ejemplo, los costos asociados a la posible pérdida de seguridad y estabilidad económicas y a la introducción de nuevas reformas de desigualdad, frente a los beneficios derivados de mayor eficiencia en la disponibilidad de bienes y servicios? Me llama la atención, también, que no haya una discusión específica sobre qué tipo de modificaciones se tendrían que introducir en el manejo macroeconómico una vez que se introdujera mayor libertad en la fijación de precios, que las decisiones de inversión se tomaran de manera más descentralizada y que el dinero sirviera también como depósito de valor (no sólo como unidad de cuenta y medio de cambio). ¿Cómo van a enfrentarse, por ejemplo, los procesos inflacionarios, los choques externos, los altibajos imprevistos en la inversión y las caídas indeseadas del salario real?

Las experiencias de las economías capitalistas ejemplifican muy bien los problemas y dificultades asociados a la administración macroeconómica de una sociedad compuesta de entes decisores descentralizados y que sólo persiguen el beneficio individual. En este sentido, cualquier proceso de reformas en el que se dé al mercado un lugar más importante en el funcionamiento económico debiera tener muy clara la estrategia macroeconómica que lo acompañará. De hecho, una política macroeconómica inconsistente (en materia de tipo de cambio, tasas de interés y flujos financieros) puede poner en jaque cualquier proceso de reforma.

El otro aspecto importante de un proceso de reforma caracterizado por una mayor presencia del mercado y por formas pecuniarias de premiación a la eficiencia, es que puede dar lugar a desigualdad en la distribución del ingreso, generada por factores diferentes de los que hasta ahora han primado en la URSS. Estos factores de desigualdad (como son pagar más al que trabaja mejor) pueden ser, sin duda, mucho más legítimos que los que prevalecen en la actualidad, que están asociados sobre todo al acceso al poder. No obstante, es importante preguntarse si se está abriendo la puerta a formas de desigualdad propias de las economías capitalistas (por ejemplo, permitir cada vez más formas privadas de apropiación de excedente). Ésta no es una preocupación mera-

mente ideológica. Al impulsar un proceso de transformación social es fundamental preguntarse cuáles van a ser las nuevas características que adoptarán las relaciones sociales. Concretamente, si se van a permitir formas privadas de apropiación y uso del excedente, ¿se permitirá también contratar fuerza de trabajo en forma privada? Y si no, ¿cómo se piensa reencauzar el excedente que está en manos privadas?

Como se dijo inicialmente, entre los logros importantes de la economía soviética destacan, por un lado, la relativa estabilidad económica asociada al control del proceso de acumulación y a la ausencia de movimientos especulativos, y, por otro, la eliminación de la explotación asociada a la desigualdad en la propiedad. La transformación que se intenta llevar a cabo en la URSS debiera tratar, a toda costa, de preservar estos logros. Como habitante de un país abatido por la inestabilidad económica y donde prevalecen altos índices de desigualdad causados por la concentración de la propiedad, no puedo menos que pensar que una sociedad que en gran medida ha llegado a deshacerse de la inestabilidad y de las grandes desigualdades económicas, debe poner en primer lugar la preservación de estos logros y minimizar los costos que produzca, en detrimento de los mismos, cualquier proceso de reforma.

NORA LUSTIG

Mis comentarios intentan complementar los de Nora Lustig. Los tres que considero principales gravitan alrededor de la coincidencia entre las reformas económicas soviéticas y las propuestas en boga en Occidente, incluyendo a países como México y la mayoría de los países subdesarrollados. La coincidencia se expresa muy sumariamente, por ejemplo, en el término de "reestructuración"; es notable que el término *perestroika* sea traducido como reestructuración, tan en boga entre nuestra élite dirigente. Y hay otro término o concepción común muy importante: la magia del mercado, es decir el redescubrimiento del mercado como instrumento-agente que puede restablecer el orden cuando el desorden nos ha alcanzado. Lo que me preocupa es que, detrás de la coincidencia aparente de estos términos y propuestas, querramos hacer caso omiso de las diferencias de fondo en las condiciones que permitirían a estas propuestas operar en un tipo de países, pero no necesariamente en otro. Mi punto principal de comparación será imaginarlas puestas en práctica en México. En ese sentido, no voy a hacer justicia al trabajo del Dr. Shmeliov, pero veamos si con esta óptica podemos aportarle algo diferente de lo que, supongo, ya ha escuchado en muchos foros sobre las reformas que propone para la Unión Soviética.

Hablaré de la coincidencia respecto al término reestructuración. Diría que en el caso de países avanzados, como la Unión Soviética, sin duda se puede hablar de reestructuración; pero en otros casos, lo que tendríamos que hacer es estructurar primero, es decir reconocer que, al momento en que uno se pro-

pone realizar cambios, la economía nacional aún no tiene integración o articulación productiva completa. La economía soviética, a diferencia de la mexicana, se distingue por estar presente en prácticamente todas las esferas del quehacer económico. Entonces, la restructuración trata (*grosso modo*) de cambiar los órdenes o los pesos relativos de las diversas actividades.

Quiero destacar cómo en la exposición se señala con mucha frecuencia, aunque sea de paso, la importancia de robustecer la industria de bienes de capital, es decir la industria de producción de equipos y también la industria y actividades de ingeniería. En ellas radica, como se ha visto claramente en Occidente desde hace mucho, la capacidad de dinamizar todo el proceso de innovación tecnológica, sea en productos, en máquinas, en máquinas para producir máquinas, etcétera.

Creo que no hemos acabado de precisar la importancia de las máquinas, hasta advertir que son el eslabón faltante en nuestra estructura industrial, que debe completarse antes de que podamos hablar de restructuración. Este eslabón prioritario queda muy bien subrayado, en el caso de la Unión Soviética, como uno de los pivotes que permitirán dar el salto modernizador. Nosotros, por el contrario, no lo tenemos identificado; lo hemos visto a ratos y lo dejamos de ver en otros y, lamentablemente, cuando aplicamos la idea simplificadora de la mano invisible del mercado, definitivamente se va del espectro de atención de los que están tomando las decisiones en referencia a un "mercado" que no admite diferenciaciones.

Aquí paso a mi segundo comentario: ¿cómo esperar que un mercado ya establecido por la inercia del pasado, y con sus respectivas señales de precios funcionales, pueda convertirse en un nuevo sistema de señales que orienten la inversión y la producción hacia las actividades que necesita la economía, y no hacia las que son más rentables en el presente? Éste es el gran reto, por lo que entiendo, en la transformación de precios que tiene que hacer la Unión Soviética; y sería también el gran reto en la transformación de precios de la que estamos urgidos. Pero, lamentablemente, aquí encuentro un gran dilema en el sentido de fomentar o activar los mercados naturales o espontáneos a partir de las condiciones de desequilibrio originales, pueda llevarnos a la corrección debida de esos precios. Por tal entenderíamos la corrección que hiciera más atractivo producir aquellos eslabones que faltan, dejando aparte los obstáculos que se derivan de la dificultad para producir esos eslabones, típicamente la maquinaria y los bienes de capital en general.

Es bien conocida también la dificultad inherente a la visión financiera que torna poco atractivos los proyectos que involucran periodos de gestación más largos. Me atrevo a pensar que en el momento en que se dé la señal de arranque a las empresas instaladas, éstas arrancarán con expectativas de capturar mercados y realizar utilidades, y el sesgo de atracción va a ser hacia los mercados más fáciles: los bienes de consumo, como ha sido antes el caso, y como lo hemos visto acá a medida que van introduciéndose medidas de liberación. El sesgo es, pues, hacia la utilidad inmediata, hacia lo que sea relativamente rápido de hacer y rentable, lo que equivale a concentrarse en aquello que pueda

encontrar una masa de compradores con capacidad de compra, esto es, aquellos que concentran el ingreso y la capacidad de compra.

En esta dimensión, el mecanismo de precios y de ajuste de precios al que estamos asociando una liberación o una apertura, se revela como un instrumento esencialmente político, en lo que será su capacidad orientadora del futuro, no en el momento en que se hacen los ajustes; se trata de cambiar la estructura de precios de tal manera que en los próximos diez años dé la señal de que vale la pena emprender actividades que van a tomar diez años o más en consolidarse.

Por nuestra experiencia, los empresarios generalmente parten de plazos más cortos en su visión económica; quieren tener utilidades lo más pronto posible. De ahí un punto que se conecta con mi tercer comentario, que es esta especie de fe ciega en las utilidades, en el concepto utilidad, como orientador de lo que debe ser. Encuentro que en Occidente se va dar una interpretación muy maniqueísta del resurgimiento de este concepto en la Unión Soviética.

Nuevamente, para que quedara a mi gusto la definición de este concepto, tendría que considerar la dimensión tiempo, para poder hablar de utilidad dentro de 10 o 20 años, y tomar en cuenta la utilidad de ciertas actividades para el conjunto de la economía aunque individualmente no destaquen. En este sentido, debemos recuperar el famoso término que engloba mucha ignorancia concreta de la parte económica: el término de economías externas, como todo aquello que no le favorece al que produce pero sí a otros agentes de la sociedad. Aquí encontramos una de las grandes contradicciones de un sistema orientado por el interés propio: estas economías externas pueden ser muy importantes, por ejemplo, en el caso de los bienes de capital, en donde se incorpora mucho de la capacidad de innovación y de dinamizar el aprendizaje en muchas otras esferas de la economía. En la nueva visión individualista, la forma de retribuir esos beneficios a quien los hace es un gran reto en México y supongo que lo será en la Unión Soviética.

Algunos temas muy relacionados con éstos son: cómo mantener la excelencia universitaria, la excelencia en la generación del conocimiento; cómo buscar la relación o cómo anticipar las modificaciones que tendrá la relación entre generación del conocimiento y su apropiación, relación hoy muy cuestionada también en los centros más avanzados en Occidente; cómo mantener la integridad del quehacer universitario, que poco a poco se ve capturado por la voracidad empresarial.

Un último comentario que se desprende del trabajo que nos fue proporcionado, es respecto a lo que se establece como el reto de calidad, el reto de enfrentar lo que no han sido estándares de calidad altos en el pasado. Se menciona la introducción de una comisión estatal que va a sancionar la calidad, y el mismo ponente nos dice que esto no será suficiente, sino que algo debe generarse dentro del proceso mismo de gestación o de producción de las cosas. Aquí, para mi gusto, pensaría en que es necesario advertir mejor de lo que los japoneses parecen haber estado transmitiendo a todo el mundo recientemente: la moda o novedad gerencial japonesa de calidad total, lo que significa

que cada unidad de producción se hace responsable de la calidad integralmente y no confía en que habrá otro, al final de la cadena, que juzgue si el resultado es bueno o malo.

En este sentido, la evolución de los japoneses parece haber ido en dirección contraria a la de otros países industrializados, en el sentido de que para que efectivamente haya un concepto de calidad total, tenemos que pasar de concebir los procesos de producción como segmentos en los que cada departamento tiene su responsabilidad segmentada y se desentiende de los demás, hacia otra concepción que subraye el concepto de unidad económica hasta pasar del conjunto de empresas a la gran integración nacional. Me pregunto de nuevo si acaso no estaría la Unión Soviética más en el camino de lograr ese punto intermedio al que se dirigen países como Japón, y que se está copiando rápidamente en otros lados.

Finalmente, creo que está reconociéndose en Occidente cada vez más la imposibilidad de dar buena solución a estos dilemas con meras herramientas económicas. Aun en los círculos económicos tradicionales, hay cada vez más disposición a reconocer los aspectos organizacionales, las imperfecciones que generan organizaciones que comercian entre ellas sin competir, y otros temas colaterales a la organización industrial, por lo que creo que aquí cabría otro atajo para incorporar, antes de que la exigencia lo haga sentir, las ideas de la organización industrial a la par de la liberación de los mercados.

KURT UNGER

Leí con cuidado el trabajo del profesor Shmeliov y escuché con atención la traducción de su intervención. De ambas experiencias me ha quedado una duda, con la cual me permito iniciar mi comentario. La URSS es un país inmenso, compuesto por múltiples etnias y múltiples nacionalidades, pero por ningún lado —ni en la intervención del profesor Shmeliov ni en el documento que tuve el placer de leer— aparece esta multiplicidad. Podría entonces creerse que la Unión Soviética es un país unitario, formado por una sola etnia y con un solo tipo de economía, de cultura y de relaciones sociales. Mi pregunta entonces es, ¿cómo se está pensando en extender la reforma económica (la restructuración de la economía) a las diversas repúblicas que forman la URSS y a las regiones autónomas? Es un problema que tiene que ver con toda una política sobre las nacionalidades, que ha evolucionado en el tiempo y se ha enfrentado a muchas dificultades. Podría uno preguntar si no existen en la Unión Soviética relaciones de dependencia o relaciones no igualitarias entre las economías y las sociedades de las diversas etnias y culturas que integran la Unión Soviética.

Creo que en el fondo de todo este planteamiento de restructuración y reforma hay un problema de tipo social, ideológico y político. El profesor Shme-

liov terminó su ponencia eludiendo este tipo de cuestiones de fondo y recogiendo la afirmación de que los planteamientos de Lenin, en el decenio de los años veinte, fueron desmantelados, y su política de socialismo participativo fue quedándose atrás en beneficio de una concepción centralizadora y autoritaria de lo que el profesor Shmeliov llama "socialismo administrativo". Entonces, yo me pregunto: ¿cómo rescatar la primera concepción, que es de lo que en última instancia se trataría, de acuerdo con las palabras finales del profesor Shmeliov?

La Unión Soviética ha dado muestras indudables de voluntad y fuerza colectiva impresionantes. De hecho, ha sido un país (o un conjunto de culturas y nacionalidades) que en 60 años se ha construido dos veces, es decir, resurgió de los problemas de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, y pocos años después tuvo que enfrentarse a la segunda guerra mundial y a una destrucción impresionante de la que también resurgió. Evidentemente no falta capacidad al pueblo soviético para hacer las cosas, pero de algún modo se fue perdiendo la motivación de la gente. Creo que hay tres maneras de hacer que la gente trabaje bien y se dedique con todas las ganas del mundo a hacer las cosas. Una sería que la gente estuviera convencida de que lo que hace es útil y bueno y cumple una finalidad. Otra manera, en el extremo opuesto, sería que a la gente le conviniera, por razones materiales, hacer algo. Una tercera manera sería una combinación, en diversos grados, de los dos elementos anteriores.

Me parece que el gran problema social y político que está condicionando la reforma económica, es cómo lograr que la gente en la Unión Soviética recupere la voluntad de hacer las cosas, sin el extremo de exagerar tanto los estímulos materiales que se pusiera en peligro la estructura o la concepción misma del socialismo.

SERGIO ORTIZ HERNÁN